

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7-50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 56

Sevilla—Viernes 7 de Marzo de 1902

AÑO XXVI

UNA ENMIENDA SOSPECHOSA

Son tales y de tal naturaleza los obstáculos que se oponen al arreglo planeado por el ministro de Hacienda en lo que se refiere a la limitación de la tirada de billetes y al rúpesto en oro del capital del Banco, así como al nuevo régimen del mismo para nacionalizarle, que, según las corrientes actuales, la obra del señor Urzáiz caerá á mano de sus mismos correligionarios.

No vamos á entonar himnos al señor ministro de Hacienda, con quien no tenemos trato ni relaciones de ningún género; pero por lo mismo que en el gobierno del Estado son tan raros los hombres de su temple de ánimo, de su severidad y sobre todo de su energía y valor para ponerse enfrente y luchar brazo á brazo contra los poderosos, considerados como intangibles, por eso mismo será nuestro aplauso sincero, que no se lo hemos de escatimar precisamente porque somos adversarios suyos, y porque como él, sin decirlo también, queremos casarnos con la verdad y celebrar nuestras nupcias con la razón, mirando á los intereses del país, aunque toda la familia política se ponga enfrente y trate de hacer imposibles los esponsales.

Los primates de la mayoría parlamentaria, los Canalejas, los Vega de Armijo, los Puigcerver, éste de seguro con la aquiescencia del señor Sagasta, han suscrito una enmienda al dictamen de la comisión de la Cámara, que, como ya dijimos en números anteriores, difiere mucho del proyecto del ministro, y que ni aún así satisface al Banco ni á esos señores, enmienda que defenderá el señor Muniesa, y que debe votarse, porque esto se proponen los firmantes para echar á la calle al molesto ministro de Hacienda; porque lo importante es que el Banco de España siga con sus privilegios absorbiendo toda la riqueza nacional y ejerciendo de patrono económico con relación al Estado.

Bueno es que el país sepa quiénes se interesan por el bien público, y cuáles otros son los patrocinadores de las grandes empresas y de los grandes centros que absorben la fortuna pública. Que estudie con los hombres las cuestiones que tan directamente afectan á la riqueza y al bienestar, y mire con interés creciente y extraordinario todo cuanto se relaciona con el régimen del llamado Banco nacional, porque representa muchos millones, producto del esfuerzo de millares de ciudadanos, que se distribuyen entre unos centenares de accionistas.

La prodigalidad con que el Banco ha echado á la calle diferentes series de papel de los distintos tipos á que ponía freno el proyecto del ministro, es un problema gravísimo con que se ha perjudicado y sigue perjudicándose el Estado en cantidades enormes.

En todos los Bancos bien organizados de las naciones en que se ha tratado de garantizar el interés público y los derechos legítimos de la pública Hacienda, además de las reservas necesarias en metálico y de una cuenta escrupulosa, con escrupulosa intervención llevada, cuando se ha anulado una emisión se ha fijado de antemano el plazo para la devolución de billetes ó su cambio por los de la emisión nueva, facilitando por toda clase de medios la acción del tenedor del papel para el canjeo.

Aquí no sucede nada de esto. El Banco retira de la circulación una emisión y lanza otra nueva pero aquella sigue circulando indefinitivamente, con lo cual ni el Estado conoce la cuenta, ni el importe de los billetes emitidos y circulantes, ni puede saber á qué suma ascienden los anulados para el embolso de su importe.

Esta millonada, que necesariamente tiene el carácter propio de los bienes mostrencos que al Estado pertenecen, queda, sin embargo, en poder del afortunado establecimiento de crédito, aumentando de un modo asombroso el capital de sus accionistas.

El propósito de liquidar esta cuenta y de someter la acción del Banco á los derechos del Tesoro en este punto, es ya mucho, y no se debe escatimar el aplauso á quien lo ha intentado, si no con buena fortuna, porque el convencionalismo hace imposible su realización, con el plausible deseo de demostrarle al país dónde se hallan las causas principales de nuestro es-

tado precario y miserable, señalando al propio tiempo el remedio.

Y lo propio acontece con la circulación de billetes, y con esa facultad de reserva absoluta de las operaciones del Banco en que nadie puede penetrar y que están casi vedados á los propios tribunales de justicia.

La enmienda de los grandes ministeriales es la completa anulación del proyecto del ministro de Hacienda; la señal de su derrota y de su dimisión ó salida del ministerio; porque aunque la enmienda no se apruebe, el dictamen no será ley, y el ministro habrá de irse, y el Banco habrá triunfado una vez más.

A. A.

Murmuraciones

No es verdad que el Sr. Sagasta está grave en la enfermedad que le aqueja desde que comenzaron los disgustos en el ministerio y fuera del ministerio.

Una vez que hayan acabado en el Congreso las discusiones que hay planteadas, el jefe del fusionismo se pondrá bien, habiendo dado ya su palabra de honor.

La salud del Sr. Sagasta depende de la salud de las Cortes.

Si las discusiones se enredan, y cualquier declaración puede comprometerle.... seguirá en casa.

Si la atmósfera se despeja, y hay señales evidentes de paz y concordia entre los príncipes moros y cristianos.... Sagasta se dejará ver.

Hay la mar de puñaladas y de robos y de tiros...
¡España está como nunca con respecto á los delitos!
En particular, los *cacos* forman un grupo nutrido, y en toda provincia hay veinticuatro ó veinticinco.

Dice un colega de esos que se ocupan en las cosas pequeñas:

«A muchas personas hemos oído expresar los siguientes deseos:
Que no se permita salir y alternar en teatros y otros sitios públicos á las mujeres de mal vivir.

Que se persiga criminalmente la expendición de láminas obscenas.

Que no se permita á los lenocinios la libertad de abrir sus balcones y ventanas.

Que eviten los agentes de la autoridad las copias y tangos indecentes.

Que se persigan las pedreas, entregando á los tribunales á los promovedores.»

Añadiendo á lo anterior una confesión y una comunión por semana, ¡daría gusto vivir en España!

Todos estaríamos en gracia de Dios, limpios de pecado y.... hasta bien vestidos.

Porque el dinero que hoy nos gastamos en comprar láminas obscenas y otras cosas por ese orden, lo aplicaríamos á nuestra indumentaria.

La que tenemos olvidada hace mucho tiempo.

Acaba de ponerse en curso una nueva emisión de billetes del Banco de cien pesetas. Y á los cuatro días ya han sido falsificados. Hé aquí las señas inequívocas:

«Se distinguen los billetes falsos de los legítimos, en que el color es mas claro, los hilos de la urdidumbre lateral son supuestos y en que el dibujo de Quevedo, sobre todo lo que respecta á los ojos, está hecho con mucha imperfección.»

Esto es, ¡con guasita!
Como diciendo:

—Míralo, míralo bien, que mientras más lo mire, más falso resulta.

Casi estoy por creer que á la vez que se hacen los billetes buenos se elaboran también los malos, porque los dos se ponen á la vez en circulación.

Anteayer hubo un crimen en Sevilla. Riñeron dos, uno de los contendientes resultó muerto para todo el mundo.

Los corresponsales dijeron á sus periódicos respectivos:

—Muerto está.

Los periódicos de la capital le rezaron el en paz descansa, y el señor Juez ordenó al forense que le hiciera la autopsia.

—¡A ver!—dijo el forense—que me traigan el muerto.

—¿Qué muerto, señor?
—El que mataron ayer tarde.
—El que mataron ayer tarde—le dijo el mozo—está ahora mismo comiéndose un plato lleno de coles.

—Pero ¿no se ha muerto?
—A la hora presente está enredado con las coles en el hospital.

—De manera que.... ¿me voy sin hacerle la autopsia?

—Si le parece á su señoría, lo traeré á ver si se presta á ello por complacerle....

Dice un colega:

«Han sido presos cuatro sujetos que robaron un quinqué.—Se les encontró dos navajas de grande dimensión y una pistola.»

De todo.... menos torcidas.
Que era lo natural tratándose de un quinqué para cuatro sujetos.

Telegrama que se repite diariamente, cada día en una provincia:

«Comunican de Cartagena que una comisión de señoras recoge firmas á fin de elevar un mensaje á la reina rogándole influya para que no se aplique á las comunidades religiosas la ley de 1887.»

¡Qué afición la tienen á los frailes las señoras españolas!
¡Si tuvieran la misma para hacer calcetas!...

CARRASQUILLA.

El último libro

—¡Ha muerto!...—me dijo uno en la escalera.

Ya hacía días que estaba yo viendo venir la lúgubre noticia. Sabía que la recibiría á esa puerta de un momento á otro; y, sin embargo, me sorprendió como cosa inesperada. Con el corazón henchido de pena, con labios trémulos, entré en esa humilde morada del literato, cuya mayor parte la ocupaba el despacho, habiéndose apropiado el estudio despótico todo el bienestar y la luz toda de la casa.

Yacía en una cama pequeña, de hierro, muy baja; y la mesa, atestada de papeles, las líneas de su puño interrumpidas á mitad de cuartilla; la pluma, aún metida en el tintero, pregonaban cuán de súbito le había sorprendido la muerte. Detrás de la cama se veía entreabierto, casi encima de su cabeza, un alto armario de roble rebosando manuscritos y legajos. En derredor liberos, nada más que libros por todas partes: en estantes, en sillars, sobre la mesa, amontonados por el suelo, en los rincones, y hasta á los pies de la cama. Cuando escribía allí, sentado á la mesa, pudo recrear su vista aquella aglomeración, aquella confusión sin polvo; pero en aquella cámara mortuoria todo era lúgubre. Todos aquellos pobres libros, desplomándose á montones, parecían prontos á partir, á perderse en aquella gran biblioteca del acaso, diseminada por puestos y escaparates, hojeada por el viento y la ociosidad.

Acababa de besarlo en su cama, y me quedé en pie mirándolo, sobrecogido por el contacto de aquella frente fría y dura como una piedra. De pronto se abrió la puerta. Un dependiente de librero, cargado y jadeante, entró alegremente y soltó en la mesa un paquete de libros recién salidos de la prensa.

—Envío de Cachelín—gritó.
Luego, viendo la cama, retrocedió, se quitó la gorra, y se retiró discretamente.

Había algo de espantosa ironía en aquel envío del librero Cachelín, retrasado un mes esperado por el enfermo con tanta impaciencia, y recibido por el muerto....

¡Pobre amigo! Era su último libro, aquí el en que más fiaba. ¡Con qué cuidado tan minucioso había corregido las pruebas su mano, ya trémula de fiebre! ¡Qué afán tenía por ver el primer ejemplar! En los últimos días, cuando ya no hablaba, clavaba los ojos en la puerta; y si los castijos, si los regentes, si los encuadernadores, si todo aquel personal ocupado en la obra de uno solo, hubiesen podido ver aquella mirada de expectación y de angustia, las manos hubiesen corrido, las letras hubiesen volado á unirse para formar páginas, y las páginas para formar volúmenes, á fin de llegar á tiempo, es decir, un día

antes, y proporcionar al moribundo la alegría de volver á encontrar, con la frescura, con el perfume y la limpidez de caracteres del libro nuevo, aquel pensamiento que ya sentía huir y obscurarse dentro de su cerebro.

Aún en plena vida, el escritor halla en eso un goce de que nunca se sacia. Abrir el primer ejemplar de su obra, verla grabada allí, como en relieve, y no ya en esa gran ebullición del cerebro, donde siempre se presenta algo confusa, ¡qué deliciosa sensación! De joven, os causa un deslumbramiento: las letras fulguraban envueltas en una zona, ora azul, ora amarilla, como si estuviese llena de sol de vuestra cabeza. Más tarde, á esa alegría de invento se mezcla algo de tristeza, el sentimiento de no haber dicho todo lo que se quería decir. La obra que uno lleva dentro de sí siempre parece más hermosa que la que ha escrito. ¡Se pierden tantas cosas en ese viaje de la cabeza á la mano! Vista en las profundidades de la meditación, la idea del libro se asemeja á esas preciosas medusas del Mediterráneo que pasan por el mar como visos flotantes; puestas sobre la arena, no son ya más que un poco de agua, algunas gotas descoloridas que inmediatamente seca el viento.

¡Ay! Ni esas alegrías, ni esas desilusiones, ni nada, en fin, había alcanzado el pobre mozo de su última obra. Era desgarrador ver dormida sobre la almohada aquella cabeza pesada é inerte, y al lado aquel libro enteramente nuevo, que iba á aparecer en los escaparates, que iba á encontrarse en medio del ruido de las calles, en medio de la vida cotidiana, y cuyo título leerían maquinalmente los transeúntes, llevándolo en la memoria y en el fondo de sus ojos, con el nombre del autor, ese mismo nombre inscripto en la página triste del registro civil, y tan alegre y risueño en la cubierta de color claro.

Todo el problema del alma y el cuerpo parecía estar cifrado allí, en aquel cadáver rígido, que iban á sepultar y á olvidar, y en aquel libro que de él se desprendía como un alma visible viviente, inmortal acaso....

—....Me había prometido un ejemplar....—dijo muy bajo cerca de mí una voz lacrimosa.

Me volví, y divisé al través de los lentes de oro unos ojuelos vivos y escudriñadores, muy conocidos de mí y de todos vosotros los que escribís, amigos míos. Era el maniac de libros que no bien se anuncia una obra vuestra, viene á dar á la puerta dos golpecitos tímidos y reiterados que delatan á la persona.

Entra sonriente con la espina encorvada, anda bullendo á vuestro alrededor, os llama «querido maestro», y no se va sin llevarse vuestro último libro. ¡Nada más que el último! Todos los otros los tiene; ese es el único que le falta.

¿Y cómo excusarse? Llega tan á tiempo, sabe cojeros tan oportunamente en medio de esa alegría de que hablábamos, del abandono de los envíos de las dedicatorias....

¡Ah! Terrible hombrillo, á quien nada arredra, ni las puertas sordas, ni las acogidas glaciales, ni el viento, ni la lluvia, ni las distancias.

Por la mañana se le encuentra en la calle de la Bomba, arañando á la puertecita del patriarca de Passy; por la noche, vuelve de Marly con el nuevo drama de Sardou debajo del brazo. Y así, correteando siempre, y siempre postulando, lleva su vida sin hacer nada, y su biblioteca sin pagar.

Poderosa de veras debía ser la pasión de los libros en aquel hombre, para llevarlo así hasta un lecho de muerte.

—¡Eh! Tome su ejemplar—le dije impacientemente.

No lo tomó; se lo tragó. Luego, después de sepultarlo profundamente en el bolsillo, se quedó inmóvil sin hablar, con la cabeza ladeada, limpiando los anteojos con cara compungida.... ¿Qué le aguardaba? ¿Qué le detenía? ¿Quizá un poco de vergüenza, algún reparo en marcharse enseguida, como si no hubiese ido más que á aquello?

¡Nada de eso!
Sobre la mesa, en el papel medio desmenuado del paquete, acababa de atisbar algunos ejemplares de regalo, de hermosa encuadernación, sin recortar, con grandes márgenes, vi-

tas y remates; y, apesar de su actitud recógida, su mirada, su pensamiento, todo estaba allí... ¡El infeliz miraba atravesado!

¡Pero lo que es la manía de observar! Yo mismo me había distraído de mi emoción, y al través de mis lágrimas seguía aquel amargo sánete representado á la cabecera del muerto. Poco á poco, á favor de sacudidas invisibles, el maniaco iba acercándose á la mesa. Su mano cayó por casualidad sobre uno de los volúmenes, le dió la vuelta, lo abrió, tocó el papel, y al propio tiempo se le encandilaban los ojos y se le agolpaba la sangre á las mejillas. Obraba en él la magia del libro. Al fin no pudo contenerse más, cogió uno:

—Es para Mr. de Sainte Beuve—me dijo á media voz.

Y en su acceso de fiebre, enmedio de su atollamiento, dominado por el temor de que le quitase el libro, y quizá también á fin de convencerme de que era para Mr. de Sainte Beuve, añadió muy gravemente y con un acento de compunción intraducible:

—¡De la Academia Francesa!

Y desapareció.

ALFONSO DAUDET.

De actualidad

Sagasta ha mejorado y se ha ocupado del despacho de algunos asuntos.

En el Consejo de hoy aprobáronse varios expedientes de carácter administrativo.

Reunidos los firmantes de las enmiendas de Villaverde y Muniesa, oyeron la lectura de la nueva enmienda redactada por la ponencia de exministros.

Divídese en dos partes.

Fue aceptada y la firmaron Villaverde, Muniesa, Canalejas, Azcárate, Maura, Reverter, Romero, Inclán, Osmá, Pesada, Nocedal, Alvarado, Puigcerver y Alba.

Representando á la comisión del proyecto de Urzaiz Cerelluelo, y se dió por notificado de la enmienda.

Villanueva, contestando á Soriano, calificó de *canard* el pensamiento de Consejo privado para el Rey.

También ocupó Soriano de los sucesos de Valencia.

Promuévese incidente entre Marengo y Urzaiz por no enviar éste datos que reclamó aquél sobre la Trasatlántica.

Reúnense las secciones.

Reanudado el debate de Barcelona, en elocuente discurso, Roig Bergada, levantando el debate, expuso las teorías socialistas en sentido liberal, indicando medios de resolver el problema.

En la última parte mostróse proteccionista. Fue aplaudido y después intervino Moliner.

Quedó sobre la mesa del Congreso la enmienda fiduciaria.

Enviaron copias por acto de cortesía á Sagasta y Urzaiz y á la comisión.

Insístese en que hay consejo de médicos para que Sagasta se aleje de la política.

Á última hora corren rumores de que en breve se hará la clausura de las Cámaras.

Senado: La sesión no revistió interés.

Aprobóse el acta de Vitoria.

En Barcelona ha sido procesado el anarquista Bonafalla.

Las secciones del Congreso nombraron la Comisión para el matrimonio de militares.

Según la nota oficiosa, entre los expedientes aprobados figura el de sueldo de jefes y oficiales de la reserva de la benemérita y carabineros que pasen á retiro y continúen cobrando por Gobernación.

De Hacienda proyecto de reglamento y aplicación de las leyes de accidentes del trabajo.

Marina: adquisición por concurso del alumbrado eléctrico de los cañoneros construídos por la casa Vila.

Decreto de nueva clasificación de establecimientos penales.

Creación de una orden honorífica para enaltecer la actividad intelectual.

Los ministros cambiaron impresiones sobre el curso de los debates.

El jefe del gobierno francés está convaleciente.

En el Congreso de Tours, Jaurés dijo que sólo en España las huelgas revelan violencia. Abogó por la huelga general pacífica.

La sesión en honor de Victor Hugo, cele-

brada por la Academia de Jurisprudencia, fué brillante.

Hubo discursos notables.

El *Heraldo* ocupase de la huelga de coches de La Línea y pide atención del Gobierno para resolver el conflicto.

Falleció el brigadier Rico.

Suspendióse el debate fiduciario para buscar fórmula de avenencia.

Todas las Repúblicas enviarán representación á la coronación de D. Alfonso.

En el Real estrenóse la ópera *Venganza gitana*, de Ramón Montilla.

En el Senado aprobóse el crédito contra la langosta.

Urzaiz y Veragua informarán mañana en el Senado ante la comisión del proyecto de pesca.

Dicen de Washington que Roosevelt recibió á los delegados bóers, negándose á intervenir en los asuntos del Sur de Africa.

El príncipe Enrique de Prusia ha llegado á las cataratas del Niágara.

Ha sido detenido el propagandista anarquista Orila, que había desaparecido.

También está preso el francés Lance, ocupándosele proclamas en varios idiomas, folletos y circulares anarquistas.

Una pesadilla

Ni lo dijo Hipócrates, debió decirlo: no conviene cenar perdices. He aquí un consejo higiénico, que estoy seguro ha de seguir al pie de la letra la inmensa mayoría de los españoles.

Por no haber observado tan sabia máxima, pasó D. Ciriaco la otra noche un rato muy malo. Había cazado una perdiz y los cuartos de otra dejando á su ama el cuarto restante, que así entiende el aquello de *García del Castañar*: «para dos perdices, dos». Había regado las sabrosas cuanto indigestas aves con sendos tragos de lo añejo. Después de lo cual, y hechas sus ordinarias devociones, se entregó tranquilamente al reposo.

Y cátae que lo primero con que D. Ciriaco tropezó al dormirse fué... ¡no sean ustedes maleducados! D. Ciriaco, al dormirse no tropezó, ó más bien, no imaginó tropezar con otra cosa, sino con el propio y auténtico Andresillo, su antiguo vecino y feligrés, un liberalote sacrificado por orden suya durante la última guerra civil. ¡Bendito sea Dios! En lo que menos pensaba D. Ciriaco era en el tal sujeto. Veintiocho años hacía que le despachó al otro barrio, y en todo este tiempo ni una sola vez se había acordado del pobre chico. De donde cabe inferir que no fué la conciencia y etórica de remordimientos, sino el estómago cargado de perdiz, lo que á tan deshora trajo á su mente aquel recuerdo.

Bien seguro estaba D. Ciriaco de que Andresillo ardía en los infiernos. ¡Cómo que había muerto sin confesión ni recomendación del alma, en pleno pecado de liberalismo, más horrendo mil veces, según es sabido, que los de robo, incendio, estupro, adulterio, incesto, asesinato y parricidio! La cosa pasó de esta manera.

Oficiaba D. Ciriaco por entonces de cura trabucaire, matando á los hombres al grito ¡viva Dios! Vió de lejos á Andresillo caminando á través de un maizal. Llamóle y le interrogó. La actitud del muchacho le hizo sospechar que llevaba un parte del alcalde del pueblo para el jefe de las fuerzas liberales. Registraron al chico y encontraron el papel. Tentaciones tuvo don Ciriaco de enviar aquella criatura á la eternidad en pecado mortal, para que allí purgase el delito liberalesco en los tormentos perdurables. El espíritu cristiano ó el deber profesional pudieron más en su alma que la justa indignación, y brindó al reo con los auxilios espirituales. Negóse Andresillo á recibir la absolución de la misma mano que le daba muerte, y en vez de agradecer el sacerdote la buena intención, púsole cual no digan dueñas. Cuatro balas le hicieron enmudecer, muriendo así en la impenitencia final.

Con tales antecedentes á nadie extrañará el sobresalto que se apoderó de D. Ciriaco al topar inopinadamente con el réprobo. Imaginándose dar un paso atrás, dió un respingo en la cama, y haciendo repetidas veces la señal de la cruz, balbució:

—En nombre de Dios te conjuro: ¿qué quieres? ¿A qué vienes?

Que es, como nadie ignora, la fórmula sacramental en lances semejantes.

Callaba Andrés, y miraba fijamente á su matador, como gozándose en su turbación y azoramiento. Pero buen muchacho en el fondo, apesar de su liberalismo, apiadóse del terror del clérigo, y díjole con su desenfado habitual:

—No vengo á nada malo, D. Ciriaco. He querido aprovechar la libertad de que gozo para dar una vueltecita por este pícaro mundo.

—¿Pues no estás en el infierno?

—Ya no hay infierno, D. Ciriaco.

—¿Cómo que no?

—Cabal, no hay infierno, porque no hay demonio.

—¿Qué demonio está ahí diciendo?

—Lo que oye usted.

—Según veo, sigues tan herejes después de muerto como en vida.

—No son herejías; es la pura verdad. Verá usted lo que ha sucedido. Usted debe saber que la misericordia de Dios es infinita.

—Sí, sí—murmuró D. Ciriaco malhumorado.

—Pues Dios, en su infinita misericordia, ha tenido piedad del demonio y le ha otorgado su perdón.

—¡Imposible!

—Ahora sí que me parece que está usted blasfemando, *pae cura*. ¿Es que hay imposibles para Dios?

—¡Mientes como un bellaco!

—En consecuencia, el ángel malo se ha trocado en ángel bueno, y en este momento forma parte de los coros celestes que celebran la gloria del Eterno.

—Tú estás borracho, granuja.

—Como no hay demonio, no hay infierno. Todos los condenados hemos aprovechado la gracia divina, un adiuto completo, total; no como otros que suelen otorgarse sobre la tierra. Dios no regatea la piedad.

—Tú estás demente, Andrés.

—Viéndonos libre, cada uno ha tomado por su lado. Unos se fueron derechos al Paraíso. Otros hemos querido dar antes un paseito por los lugares que habitamos en vida. ¡Y como usted tiene tantos títulos á mi amistad!

—¡Llévete el diablo!—rugió D. Ciriaco hecho un basilisco.

—Pero D. Ciriaco, ¡si ya no le hay!—exclamó con su sonrisa el tuno de Andresillo. Y riendo á carcajadas se desvaneció en el aire.

Quedó D. Ciriaco confuso y atónito. ¿Había mentido aquel pillastre? Pero su aparición y desaparición milagrosa daban claro indicio de su esencia sobrenatural. Además, la cosa en sí no era imposible. ¿No es Dios omnipotente? ¿No es infinitamente misericordioso? Bien podía ser que juzgando bastante la expiación, hubiese perdonado al diablo.

¡Luego no había infierno! ¿A dónde, entonces, iban á parar los liberales después de muertos? Tendría, él, un ungido que codearse en el cielo con los malos? ¿Alcanzarían los herejes, al igual que los verdaderos creyentes, la bienaventuranza eterna? Mucho siento revelar esta impiedad, mas es lo cierto que D. Ciriaco no pudo menos de censurar duramente allá en el fondo de su alma, lo que él llamaba una debilidad del Altísimo.

Luego se apoderó de su ánimo un terror pánico, y un estremecimiento convulsivo recorrió su robusto cuerpo de los talones al cogote. Acababa de asaltarle una idea tremenda. Si no había infierno, tampoco había purgatorio. Pero Botero no podía ser de peor condición que Satanás. Los condenados por tiempo no habían de sufrir la pena, mientras eran absueltos los condenados para siempre. Semejante anomalía no hubiera sido impropia de la justicia divina. Pues sin purgatorio ¡adiós capullo de las ánimas! ¡Adiós misas por los fallecidos! ¡Adiós sufragio por los difuntos! ¡Adiós redención de los pecados y por ende adiós, adiós cura de almas! D. Ciriaco se contempló por anticipado cavando la tierra y cenando, en vez de perdices, unas migas.

Tales resopidos daba en su congoja, que el alma hubo de llamarla solícita:

—¿Qué tienes, Ciriaco? ¿Qué te pasa? ¿Por qué sopias de esa manera?

—Calla, mujer—exclamó D. Ciriaco despertando sobresaltado.—¡Si he soñado la cosa más rara! ¿Pues no estaba pidiendo á Dios la restauración del infierno?

ALFREDO CALDERON.

DACTYLE MÁQUINAS PARA ESCRIBIR Y CALCULAR

Las más prácticas, las más económicas de las conocidas.

Su aprendizaje y manejo es mucho más sencillo que el de las demás, porque contiene en 28 teclas las letras mayúsculas, minúsculas, la numeración los signos ortográficos y los especiales del Comercio. En las demás, cada letra ó signo necesita una tecla.

El que escribe va viendo lo escrito, pudiendo corregir en cada momento cualquier equivocación. En las máquinas de otros sistemas no se ve lo escrito sino después de enojosa operación.

Los caracteres pueden cambiarse con gran prontitud y facilidad por la persona menos perita. En las de otros sistemas, el cambio de una letra es una operación larga y enojosa, que debe ser ejecutada por persona perita.

Es más barata que ninguna de las conocidas. Las de otros sistemas cuestan de 600 á 800 francos.

MÁQUINA DE CALCULAR «DACTYLE»

La máquina de escribir *DACTYLE* cuesta: Modelo número 3.—Francos 300 (unas 400 pesetas.)

Modelo número 2.—Francos 250 (unas 337 pesetas.)

Suma, resta, multiplica, divide y extrae raíces con gran economía de tiempo y trabajo, y una seguridad absoluta.

Precio: Pequeño modelo, 400 francos.—Ídem grande, id., 600 francos.

Informes y pedidos en la Redacción de EL BALUARTE.

Pintores célebres



Domingo Zampieri (El Dominiquino).

Nació en Bolonia el 21 de Octubre de 1581.—Murió en Nápoles el 15 de Abril de 1641.

Era hijo segundo de un zapatero que debía al trabajo una regular fortuna.

A la edad de trece años ingresó Domingo en el estudio de Dionisio Calvart, pintor flamenco. Este, que envidiaba á sus colegas los Carraccis, hubo de maltratarle cierto día que le sorprendió copiando un cuadro de aquéllos; esto hizo que abandonara á Calvart y se fuera con los mencionados Carraccis.

Tres veces ganó el premio que periódicamente repartían sus principales entre los alumnos de la casa.

Su primera obra de mérito fué la decoración de la capilla Nolfi en la Catedral de Jano.

En 1604 se trasladó á Roma, en donde, protegido por Anibal Carracci, empezó á trabajar en los lienzos que conquistaron su fama. Por encargo del cardenal Escipión Borghesi, pintó para la capilla de San Gregorio, en Monte Celso, un fresco titulado *La flagelación de San Andrés*, y á ruego del cardenal Aguechi el cuadro *La libertad de San Pedro* y cuatro frescos que adornan el pórtico de San Onofre. Todo ello de mérito indiscutible.

En 1619 regresó á Bolonia, en cuyo punto pintó el lienzo místico titulado *La Madonna del Rosario*, en cuyo trabajo empleó dos años, valiéndole 500 escudos.

En el referido año contrajo matrimonio con una joven de gran belleza que le sirvió de modelo.

En 1621 volvió á Roma y Gregorio XV le nombró arquitecto de la Cámara Apostólica.

Sus magníficos trabajos le crearon justa fama y desahogada posición, y en Roma hubiera acabado sus días, si una circunstancia imprevista no le hubiese obligado á abandonar aquella ciudad.

Comprometiése á pintar una capilla de la Catedral de Nápoles, marchando á esta población con su familia en 1623.

Empezó, pues, en Nápoles sus trabajos con la actividad que le caracterizaba, y cuando, ya casi terminados, descubrió al público sus dos primeras obras, *San Genaro recibido en el cielo* y *San Genaro protegiendo Nápoles contra sus enemigos*, la tuaba de envidiosos que le acechaba, movida por los maestros napolitanos que no estaban conformes con la escuela del Dominiquino, le hizo blanco de sus iras causándole serios disgustos.

Desde entonces su vida fué un martirio. Constantemente amenazado, se armaba para trabajar, borrando sus enemigos por la noche lo que Zampieri pintaba de día.

Así siguió hasta su muerte.

El vendedor de periódicos

¡Oh, miseria, tú eres la cortesana!...

Musset.

vedlo.

Su frente es pálida, pero sin trenzas de oro; la sémbran enmarañadas greñas de color indefinido, que parecen se quieren escapar, rebeldes, de la gorilla mugrienta que las aprisiona. El color de su tez es terroso. Su naricilla respingona,